

Quizá en apariencia esos cuatro temas entrelazados podrían convertir la película en un caos o en una obra pretenciosa en la que quisieran explicarse demasiados problemas. Sin embargo, "Los inquilinos" es una película coherente y sencilla en la que esos temas aislados se configuran en uno único, en casi el mismo: en una panorámica sobre una ciudad aberrante y sobre las consecuentes aberraciones de sus moradores. La necesidad de liberación de esos personajes (de los inquilinos con respecto a la explotación que sufren, la de los niños respecto a sus traumas, la del director de cine respecto a sus frustraciones sexuales) no es, sin embargo, el objetivo máximo propuesto por Tavernier: en la propia película se explica claramente: "No es suficiente liberarse. Lo importante es saber ser libre". Para ello, nada mejor que continuar la lucha diaria, y en este sentido, esa pequeña parábola final que cierra la pedagoga con uno de sus niños "gatés": "El cuchillo no sirve para suicidarse, sino para sacarle punta al lápiz, aunque éste se rompa muchas veces. Continúa sacando punta y así te convertirás en un homicida como todos". ■ DIEGO GALAN.

TEATRO

El teatro antifranquista, hoy

Hace ya algún tiempo, entre las distintas organizaciones con que intentó defenderse el sec-

tor, surgió la Asociación de Actores (ADA), en la que se inscribieron profesionales de la más distinta significación, personalidad y categoría artística. Entre sus diversas actividades fue del todo lógico que se planteara la posibilidad de producir en cooperativa una serie de espectáculos; uno de ellos, "Guadaña para un resucitado", está ya a la espera de presentarse en los teatros del país.

El reencuentro con el texto de Gil Novalés —estrenado un día en Barcelona, dentro de los términos asfixiantes de tanto teatro de oposición— replantea, con independencia de su innegable interés, el tema, sin duda importante, del valor actual del teatro alzado un día, directa o indirectamente, contra el franquismo. A más de una persona cualificada le he oído decir, y aun le he leído, que se trata de una producción sin interés, anclada en una circunstancia superada, repleta de claves y autocensuras, que mal puede ajustarse a una sociedad democrática, o al menos, sin Franco y sin censura.

Creo que esa es una generalización bochornosa. Ciertamente se escribieron una serie de obras inestrenadas o liquidadas en sesiones de capilla, cuya inserción en el antifranquismo era tan coyuntural que hoy sólo nos valen como documento apasionado del pasado. Se trata, en definitiva, de ese "teatro de urgencia" alzado en todas las circunstancias excepcionales y que su propio autor o autores ligan voluntariamente al momento en que se produce. Incluso un síntoma de las desdichas históricas españolas podría ser el hecho de que se haya escrito tanto teatro "de urgencia" a lo largo del siglo XX: contra Primo de Rivera, contra la Vieja Iglesia, durante la guerra civil, contra el franquismo, prevaleciendo la espada sobre el clavel. ¿Hasta

qué punto, incluso, no podría pensarse que una parte de la crisis teatral española —de la crisis cultural— no descansa en el sentimiento de que la democracia le ha quitado al arte su solapada función agresiva? ¿Qué cadena de aberraciones no hace de la inmensa mayoría de los españoles los hijos de "realidades provisionales", combatidas por obras e ideas que se justifican como expresiones de la "urgencia"? ¿Y quién no respetaría, a su vez, esas respuestas "urgentes", que, dentro de su diversidad y distinto valor, conforman el discurso de nuestra resistencia democrática?

Ocurre, además, que el franquismo es una circunstancia histórica periclitada y, también, un sistema de ideas, anterior —con otros nombres y matices— a la presencia de Franco, y, sin duda, también destinado a sobrevivirle. De manera que el teatro levantado en nuestra dictadura, cuando estaba escrito con talento y renunciaba a la complacencia anecdótica, tenía, a la vez, una dimensión ligada a la época y otra destinada a trascenderla, exactamente igual a como sucede en los esperpentos que Valle escribió contra la Dictadura de Primo de Rivera. Habrá, pues, que evitar toda generalización y pensar, por lo pronto, que entre los dramaturgos del antifranquismo los hay buenos y malos, renunciando a esa unificación que, en razón a estar todos ellos censurados y maltratados, si fue propia de la dictadura. Luego, en un segundo análisis, descubriremos que hay obras que se agotan en la denuncia o parodia de lo inmediato y otras que lo trascienden.

Un problema distinto es el de la "autocensura". Pero también en este punto habrá que soslayar las generalizaciones. Hay quien, a través de estratégicas "autocensuras", ha conse-

guido decir y sugerir mucho más que otros con explicitaciones explosivas, más propicias, por lo demás, a agotarse en lo inmediato. Hay quien, en efecto, sí ha sido víctima de la autocensura. Y los hay que no se han autocensurado en absoluto, no sólo en la expresión de sus ideas, sino en la poética y el censo de sus dramas, que, a menudo, sobrepasan los hábitos de la escena cotidiana. Quizá porque el mismo hecho de saber que no iban a estrenar les dio a muchos autores la libertad que los estrenistas no tenían...

¡Ojo!, pues, contra lo que, además de banal, podría ser terriblemente injusto. Los autores que se negaron a escribir un teatro complaciente y, sacrificando su posible profesionalidad, se plantearon una dramaturgia responsable merecen ahora ser leídos, uno a uno, con atención y respeto, para extraer en cada caso las singulares conclusiones. ■ JOSE MONLEON.

Casi 400 millones para el Español

Tras varias subvenciones, cuantiosas pero notoriamente insuficientes, el Pleno municipal del Ayuntamiento de Madrid acaba de tomar, entre otros acuerdos, el de "aprobar el proyecto de terminación de obras de restauración del teatro Español, por importe de pesetas 393.850.338". El acuerdo y la cifra suscitan de inmediato una serie de reflexiones, máxime si consideramos la crítica realidad económica y cultural de nuestro teatro.

Lo primero que uno siente es que la cifra es alta —sobre todo si pensamos que esos millones son "para terminar las obras de restauración"— y, a la vez,

